

## Paseando entre fantasmas de narcisos

El otro día leí una frase imbecil, no recuerdo de quién. Decía: "El amor es el poema de quienes no hacen poesía, la idea de los que no piensan y la novela de los que no escriben". El último libro de Francisco Umbral, "Los amores diurnos" (1), ha dado un rotundo mentís a esta frase. Su libro —no sé si llamarle novela, poema o ensayo, porque Umbral, como un torero genial, ha traspasado los géneros y los números en sus libros— es una glorificación del amor y, sobre todo, de eso tan maravilloso sin lo que el amor sería algo insípido, un platónico guiso sin sal ni sazón: el sexo. Su sexo. Su sexo, ese totem pénico, llena las páginas tan vivas de esos amores diurnos con que nos regala. Y no es que se imponga con esa falocracia de que le acusan despistadas aprendices de feminista, sino que se muestra, en buen contraste con el también constante amor y respeto al sexo femenino, a la mujer. La mujer está aquí ensalzada, como compañera de placeres y de vida, multidimensional. La Leticia/Lutecia, su heroína, tantas veces penetrada, es una niña/flor que muchos hemos soñado compañera de juegos, y no sólo de juegos de cama.

Hay libros que son una aventura. Este, no: éste es más bien un paseo por un campo de narcisos fantasmas. Narcisista, desde luego, lo es. Pero sólo los tontos piensan que llamarle a alguien narcisista es un insulto. Las más hermosas pasiones y los más bellos juegos están basados en ese amor por sí mismo, en ese ensimismamiento en la propia imagen. No sabemos —la Historia no lo cuenta— si el arquetípico Narciso no acabó por enamorarse verdaderamente del río. Como el perpetuo adolescente resabiado que es, o que nos muestra en sus libros, Umbral juega con su sexo, se masturba literariamente y nos da una flor de erotismo refinado, con esa mezcla de perfume francés y de colonia de nenes que tienen los pocos y mejores libros eróticos de los españoles, que, por cierto, son muy pocos.

Es inevitable, en algunos momentos, la comparación con "Senos", de Ramón —autor del que

Umbral lo sabe todo—. Pero, aún más allá, la comparación podría hacerse con la prosa vanguardista de los años veinte: hay reflejos de las primeras novelas y cuentos de Antonio Espina, Marichalar y Jarnés. Solamente que en ellos había sólo brillantez, y Umbral tiene más talento que ellos. Ha asimilado perfectamente la enseñanza de esa vanguardia aún no superada —los cuarenta años, de inevitable mención, que la enterraron como cuarenta losas, hicieron imposible cualquier superación, entre otras cosas porque nos la ocultaron— y la ha trascendido. Hay en él todo el brillo surrealista, y esa fascinación, como de niño ante un escaparate de objetos brillantes, por lo que es moderno. Vemos, en sus páginas, chisporrotear decibelios, volar pájaros metálicos. Pero aquí es oro todo lo que reluce, un oro no necesariamente convertible en monedas, pero sí en algo más interesante para nosotros: en pura literatura, sin aleaciones.

Lleva muchos libros Umbral —cuarenta, tal vez?— trasmutando su vida en literatura. A veces se disfraza de Larra, de Baudelaire, de Ramón o de González-Ruano, pero siempre es él mismo. Le adivino como un hombre no adscrito a partidos ni movimientos, pero siempre partidario de algo, siempre en movimiento, en un movimiento que él mismo hace.

"Los amores diurnos" no son —y esto sea tal vez un fallo— pornografía. A pesar de sus referencias continuas al sexo, al ano y a todos esos recovecos secretos del cuerpo, tan hermosos, no consigo excitarme. Sólo me gusta. Pero me pasa como con los surrealistas, como con Georges Bataille: su desnudez es estética, su sexualidad es escritura, y no de-



Francisco Umbral.

## Agustín Acosta (1886-1979), poeta nacional de Cuba

¡Oh musa de la patria,  
no es esto lo que Martí había  
[deseado!  
Agustín Acosta, "La zafra"

vadean arroyos, cruzan las  
[montañas,  
llevando la suerte de Cuba  
[en las cañas".

De la caña de azúcar diría:

"Se ignora, mientras rauda  
[dansas en la turbina  
si serás nuestra gloria o se-  
[rás nuestra ruina".

El poeta nacional de Cuba, Agustín Acosta (Matanzas, 1886), uno de los poetas cubanos más estimables en la continuación y renovación del Modernismo, junto a otros poetas de su generación, como José Manuel Poveda (1888-1926), Regino Botí (1879-1958) y Dulce María Borrero (1883-1945), falleció el 10 de abril de este año, en Miami, donde actualmente residía.

De temprana carrera literaria, iniciada en "Letras", en 1906, bajo la influencia rubendariana y del poeta matancero, Federico Uhrbach, Acosta, que fue telegrafista, notario público y político, secretario de la Presidencia en 1934-35 y senador de la República, llegó a su madurez poética, con la publicación de su tercer poemario "La zafra", en 1926, donde la conciencia nacionalista, se asoma a los problemas socioeconómicos y políticos de la isla antillana, con preclaros veros de la realidad nacional:

"Mientras lentamente  
los bueyes caminan,  
las viejas carretas rechinan,  
[nan, rechinan  
lentas, van formando lar-  
[gas teorías  
por las guarrayas y las  
[servientas,

### BIBLIOGRAFIA DE AGUSTIN ACOSTA. (Poesía)

"Ala", 1915; "Hermanita", 1923; "La zafra" (poema de combate), 1926; "Los camellos distantes", 1936; "Últimos instantes", 1941; "Las islas desoladas", 1943; "Jesús" (poema), 1956; "Camino de hierro", 1963.

seo. Algo así como lo que han pretendido los franceses con sus Emmanuelles innumerables y, en un plano superior, en algunos relatos de André Pieyre de Mandiargues. Pero las Emmanuelles no lo han conseguido, porque están envueltas en papel de celofán, y no desnudas. Si las películas de sexo se acercasen, aunque sólo fuera mínimamente, a la belleza y a las sugerencias que hay en el libro de Umbral, yo me apuntaría a todas.

Y queda otra dimensión: las continuas referencias al mundo literario —que para Umbral, y para mí, son tan vida como la vida misma, o tal vez más— nos

remiten a un plano de realidad novísima y brillante. Podemos pasear con Baudelaire, con un triste Baudelaire de provincias, o ser madame Bovary. Pero siempre con el rostro agradable y cansado de Francisco Umbral como fondo. ■ EDUARDO HARO IBARS.

## USA y sus intelectuales

Lo primero que cabe decir de "El poder de la palabra" (1), li-

(1) Amando de Miguel: "El poder de la palabra". Col. Ciencias Sociales, Editorial Tecnos.

(1) Editorial Kairós. Barcelona.